

HOMILIA-VIERNES SANTO 2012
S. I. Catedral, 6 de abril de 2012

+ Vicente Jiménez Zamora
Obispo de Santander

Querido Cabildo, sacerdotes, diáconos, seminaristas, miembros de vida consagrada, Orfeón Cántabro, fieles laicos presentes en esta S. I. Catedral Basílica de Santander y los que seguís la retransmisión de la *Pasión del Señor*, a través de los Medios de Comunicación Social, especialmente por la Cadena COPE para toda España, por Popular TV de Cantabria y Telecosta.

“Tu Cruz adoramos, Señor”

El Viernes Santo es la Pascua de la cruz.

En este día, en que “ha sido inmolada nuestra Víctima Pascual: Cristo (1 Cor 5, 7), lo que por largo tiempo había sido prometido en misteriosa prefiguración se ha cumplido con plena eficacia: el cordero verdadero sustituye a la oveja que lo anunciaba, y con el único sacrificio se termina la diversidad de las víctimas antiguas” (cfr. San León Magno).

En efecto, “esta obra de la Redención humana y de la perfecta glorificación de Dios, preparada antes por las maravillas que Dios obró en el pueblo de la Antigua Alianza, Cristo, el Señor, la realizó principalmente por el Misterio Pascual de su bienaventurada Pasión, Resurrección de entre los muertos y gloriosa Ascensión. Por este misterio, muriendo, destruyó nuestra muerte, y resucitando, restauró la vida. Pues del costado de Cristo dormido en la cruz nació el sacramento admirable de la Iglesia entera” (SC, 5).

La celebración del Viernes Santo tiene momentos de tensión contenida como la procesión silenciosa y la postración iniciales; la proclamación de la pasión según San Juan; la adoración de la Santa Cruz. Y momentos de intensa oración como la solemne oración universal y la Comunión con el Cuerpo de Cristo consagrado ayer. Todos ellos rodeados por la austeridad y la gravedad que exige el misterio que recordamos y vivimos.

Hoy, además, hacemos cercana nuestra caridad, a través de la colecta especial, con los cristianos que viven y sufren en ocasiones persecución en Tierra Santa, lugares santificados por la presencia del Señor y testigos de los acontecimientos de nuestra salvación.

Pasión según San Juan

Hemos escuchado el relato a tres voces de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo según San Juan.

Juan, teólogo y cronista-notario de la Pasión, nos lleva a contemplar el misterio de la cruz de Cristo como una solemne liturgia. Todo es digno, simbólico en su narración: cada palabra, cada gesto. La profundidad de su evangelio se hace ahora más elocuente. Y los títulos de Jesús componen una hermosa Cristología: Jesús es Rey: lo dice el título de la cruz, y el patíbulo es el trono desde donde reina.

Es Sacerdote y Templo, a la vez. Es el nuevo Adán junto a la Madre, nueva Eva. Hijo de María y Esposo de la Iglesia. El Dador del Espíritu. Es el Cordero inmaculado e inmolado, al que no le rompen los huesos. Es el Exaltado en la cruz, que todo lo atrae hacia sí, por amor, cuando los hombres volvemos hacia Él la mirada.

Ante la pasión del Señor, nos preguntamos como los primeros cristianos: ¿Por qué ha padecido Cristo?. Y la respuesta es: Por nuestro amor, “¡Por nuestros pecados!”. Nace así la fe pascual expresada en la célebre frase de San Pablo: “Cristo murió por nuestros pecados; fue resucitado para nuestra justificación” (Rom 4, 25). Hoy, Viernes Santo, es día de repetirnos a nosotros que “Cristo nos amó y se entregó por nosotros” (Ef 5, 2), que “Cristo me amó y se entregó a la muerte por mí” (Gál 2, 20), que “Cristo amó a su Iglesia y se entregó a sí mismo por ella” (Ef 5, 25), que “nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos” (Jn 15, 3 ss).

La Virgen María, la Madre, estaba allí de pie junto a la cruz de su Hijo. María siguió paso a paso, con corazón de Madre, el camino de su Hijo. “María, no sin designio divino -afirma el Concilio Vaticano II- se mantuvo erguida, sufriendo profundamente con su Unigénito y asociándose con entrañas de Madre a su sacrificio, consintiendo amorosamente en la inmolación de la Víctima que Ella misma había engendrado” (LG 58).

Hermanos: la cruz está ya transfigurada. Es también Pascua. “Cuando sea levantado sobre la tierra atraeré a todos hacia mí” (Jn 12, 32). Al alba del tercer día, la cruz reventó en vida y en resurrección. El amor no podía quedar estéril. El amor nunca es infecundo. El amor siempre es vida. La cruz es luz. Y la cruz floreció hasta la eternidad en triunfo de victoria. ¡Victoria, tú reinarás/ Oh Cruz, tú nos salvarás”. Amén.